

—Cuantos quieras, mi bien.

—Pero es preciso que sean leales, valientes, capaces de guardar el mas profundo secreto, y capaces de aventurarse en cualquiera empresa, por difícil que parezca.

—Tengo hombres á propósito y como tú los deseas.

—Pues oye mi plan.

D^a Inés acercó su rostro al del Señorito y comenzó á hablarle con mucho misterio.

XVI.

De como D. Lope llevó á Doña Laura al calabozo en que tenían preso á D. Antonio de Benavides, y de lo que con éste habló la dama.

QUINTUAL llegó D. Lope á la cita que dado le habia D^a Laura: cubrióse la dama cuidadosamente con su velo, embozóse el galan hasta los ojos, calóse el ancho sombrero y salieron ambos con direccion á palacio.

Las calles estaban desiertas y oscuras; cerca quedaba el palacio de la casa de la dama; pero mas cerca pareció á D. Lope, que hubiera deseado atravesar así el mundo llevando suspendida casi de su brazo á aquella mujer á quien él adoraba, que se entregaba tan confiada á su lealtad de caballero y á quien por eso mismo apenas se atrevía á decir una sola palabra de amor.

El cielo estaba entoldado de negras nubes; era la estacion de las aguas en México, y de un momento á otro amenazaba desprenderse la lluvia.

D^a Laura caminaba silenciosa, D. Lope no cesaba de contemplar aquella cabeza inclinada bajo el peso de tristes meditaciones; adivinaba D. Lope al través de los negros

pliegues del manto la hermosura de la dama; le parecía que aquellos pliegues se diafanizaban, y que veía la frente pálida y serena de la dama, sus ojos lánguidos, sus labios rojos y entreabiertos.

De cuando en cuando D^a Laura levantaba la cabeza y miraba á su compañero al través del velo; D. Lope entonces sonreía melancólicamente, y estrechaba con suavidad la mano de la dama contra su seno....

Así llegaron hasta la puerta de palacio.

—Pero esta no es la cárcel—dijo D^a Laura.

—Es cierto, señora; es que por aquí podemos penetrar con seguridad hasta el lugar en que está preso D. Antonio.

D^a Laura miró á D. Lope, y leyó tanta lealtad en aquel rostro medio oculto entre la sombra que no replicó y penetró con él en el edificio.

D. Lope conocía perfectamente el camino y condujo á su compañera al través de algunos patios y corredores desiertos hasta una puertecilla, á la que llamó suavemente.

Inmediatamente se abrió en la puerta un pequeño postigo guarnecido por una gruesa reja de hierro, y la luz de un farol bañó el rostro del caballero.

Sin hacer ninguna pregunta abrió la puerta un hombre que por las llaves que traía colgadas á la cintura al lado de un ancho puñal; daba indicios de ser un carcelero.

D. Lope y la dama entraron; el hombre cerró la puerta y echó á caminar delante de ellos que le seguían también en silencio, y procurando instintivamente ahogar el eco de sus pisadas.

El carcelero se detuvo delante de una maciza puerta, y tomó una llave de las que traía; abrió y corrió los cerrojos, empujó la puerta y dando á D. Lope su farol, quedó por

parte de afuera mientras que la dama y el caballero penetraron.

D. Antonio de Benavides, deslumbrado por la repentina claridad del farol que llevaba D. Lope, no pudo conocerle ni distinguir á la dama que le acompañaba: sin embargo, se puso de pié, y saludó diciendo:

—Buenas noches: ¿qué se ofrece?

—Soy yo, marqués—dijo D. Lope.

—Ah! D. Lope de Mantemayor; perdonadme, que no os había conocido.

—Viene conmigo una dama, á quien deseábais hablar.

—¡D^a Laura!—esclamó D. Antonio.

—La misma—contestó la dama—D. Lope me ha dicho que deseábais hablarme..... y héme aquí.

—Señora, tanto favor á un hombre tan desgraciado.

—Porque estais en desgracia he venido, que de no ser así.....

—Comprendo, señora, comprendo, y si fuera cosa que me atañera directamente, apenas me hubiera atrevido á molestaros; pero es un encargo, un mandato de la reina D^a María Ana de Austria, y S. M. me ordenó que cualesquiera que fueran mis circunstancias en México os buscase y os hablase de su parte, y esto me lo dijo con grande insistencia mas de diez veces.

—¿Y qué me ordena la reina mi señora?

—¿Mandaros? ordenar nada, D^a Laura, nada pedir, suplicaros es lo que me encargó.

—¿Pero qué puede querer de mí? en qué podre servirla? qué puedo darla?

—Vuestro perdon, señora, vuestro perdon. La reina me ordenó ponerme de hinojos delante de vos, para pedir en su

nombre el perdón por la muerte de D. José de Mallades, porque esa muerte es para S. M. un eterno remordimiento en medio de su gran desgracia.

D. Antonio se arrodilló delante de la dama y tomó una de sus manos.

D^a Laura tenía en aquellos momentos la palidez de un cadáver, y sus ojos no se apartaban del rostro de D. Antonio.

D. Lope, inmóvil, contemplaba admirado aquella escena solemne, alumbrada por el farol que tenía él en su mano.

—D^a Laura—continuó sin levantarse D. Antonio—la reina y el padre Nitardo han sido precipitados por la denuncia de una mujer sin corazón, de una víbora: D^a Inés de Medina la hija del marqués de Río-florido, ha causado verdaderamente su desgracia; ella delató á D. José, ella indicó el medio seguro para aprehenderle con tanto misterio que yo mismo no supe á quién había aprehendido hasta que no le ví dentro de la cárcel.

—Nada más digais—dijo D^a Laura con una voz vibrante.—Dios quiera perdonar mis culpas, como yo perdono á S. M. y como os perdono á vos.

—Gracias, señora, gracias, y creed siempre que yo no he tenido más parte en aquella terrible historia que haber aprehendido á D. José, y eso sin saber quién era él, os lo juro.

—Aun eso—contestó la dama solemnemente—os lo perdono en su nombre y en el mio; vámonos, D. Lope.

—¿Tan pronto, señora?

—Sí, no sería prudente permanecer más tiempo; D. Antonio, en cuanto pueda ayudaros esta pobre mujer, contad con ella.

—Sois un ángel, señora.

—D. Antonio—dijo D. Lope—quizá mañana mismo estarán en mi poder vuestros papeles; ¿qué hago de ellos?

—Sería peligroso que los tuviérais en vuestro poder, depositadlos en manos de este ángel de bondad, que á ella me dirigiré en caso necesario para presentarlos; ¿admitís el depósito, señora?

—Sí, D. Antonio, y estad seguro de que no los entregaré aunque me cueste la vida, sino á la persona que vaya en vuestro nombre y me diga una palabra que vos me indicareis.

—D^a Laura, solo al que os diga esta palabra: "*Perdon*," que recordará vuestra noble jenerosidad.

—No olvidaré esa palabra—contestó la dama—adios.

—Adios, señora.

D. Lope y D^a Laura salieron, y con las mismas precauciones y siguiendo el mismo camino, volvieron á encontrarse en la calle.

—Señora—dijo D. Lope—esta es la noche más venturosa de mi vida.

—¿Por qué, D. Lope?

—Porque os he visto, señora, tan grande como sueño siempre veros, porque he visto á un hombre pidiéndoos perdón en nombre de Su Majestad.

—Vanidad de vanidades—contestó tristemente la dama.

—Cuánto os amo!—esclamó sin poderse contener por más tiempo el jóven.

—Haceis bien, D. Lope, porque debeis estar seguro de que si yo no fuera la esposa de un muerto, os amaría como yo sé amar.....

D. Lope, como petrificado de aquella confesion de la dama, se detuvo repentinamente.

Aquello era mas de lo que él habia esperado nunca, la alegría le sofocaba, llevó sus dos manos á su pecho y aspiró el aire con toda la fuerza de sus pulmones.

Para otro amante las palabras de la dama hubieran sido casi insignificantes; para D. Lope encerraban un tesoro infinito de felicidad.

D^a Laura le contempló un instante con ternura, y luego atrayéndole suavemente le obligó á caminar.

Estaban ya á la puerta de la casa y D. Lope aun no habia hablado una palabra.

—Ahora sí—dijo D^a Laura—ahora sí le pido á Dios la muerte, la muerte pronta.

—¿Por qué, señora?—dijo D. Lope.

—Porque temo que voy amaros y este pensamiento me espanta....

—¡D^a Laura!—esclamó D. Lope.

Pero la puerta se habia abierto y la dama sin escucharle entró precipitadamente y cerró tras sí.

D. Lope quedó largo tiempo sin moverse y en la misma postura; por fin, como saliendo repentinamente de aquella meditacion, se arrodilló, se quitó el sombrero y besó respetuosamente la piedra del umbral en que habia estado parada la dama.

Despues se levantó, se cubrió, y con la cabeza inclinada se dirigió á su casa.

D^a Laura habia contemplado todo aquello desde su balcon y cuando D. Lope entró á su casa la dama se entró á su aposento, y se arrodilló delante de un crucifijo esclamando:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ya le amo! ya le amo! ¿cómo lo permitís? ¿por qué no me mandais mejor la muerte?

D^a Laura habia contado demasiado con sus propias fuerzas, habia permitido á D. Lope que la hablara de su amor, le habia dejado acercarse.

Porque creia que su corazon habia muerto para siempre, que nada seria ya capaz de moverle.

Pero el corazon nunca muere verdaderamente, nunca cesa el peligro.

Solo el sepulcro es una garantía, y quién sabe lo que nos espera en ese mas allá!

—Por ahora estamos aquí perdiendo el tiempo y son ya las doce.

—No hay por qué quejarse: todavía á mí no se me acaba lo que conseguí en las cajas de D. Antonio de Benavides.

—Ni á mí—dijo el Pinacate—pero *aseguramos* bien á los dos soldados.

—El pobre oficial—dijo el camaleon—que se fué siguiéndome para prender al *Tapado*, y en todo el camino me preguntaba:—¿Estamos cerca? ¿estamos cerca?—Ayer le encontré.

—¿Y te conoció?

—Imposible.

—Llaman á la puerta—dijo otro de los bandidos.

—El Camaleon se levantó y abrió.

El Señorito se presentó seguido de una dama: todos los hombres se pusieron en pié y se quitaron respetuosamente los sombreros.

—Cerrad—dijo imperativamente la dama.

El Camaleon obedeció.

—Tomad ese candil y seguidme todos—dijo.

El Camaleon tomó el candil que estaba sobre la mesa y todos se dispusieron á seguir á la dama.

Se dirigió ésta á una puerta que habia en el fondo de aquella estancia, la abrió y se encontraron todos á poco andar en el patio de una gran casa.

Aquella casa venia, por decirlo así, á formar ángulo con la que habitaba D^a Laura en la calle del Reloj, y aquella casa estaba desierta.

Subieron la escalera, atravesaron varias habitaciones y llegaron hasta una azotehuela.

Allí se detuvo la dama.

XVII.

Donde se da razon por qué queria D^a Inés de Medina que el Señorito le buscara cuatro ó seis hombres de confianza.

EN un cuarto bajo de la calle de Santa Teresa, cuya puerta estaba perfectamente cerrada, conversaban cuatro hombres que ya son conocidos para nosotros, pues que les hemos visto en la casa de Tlaltelolco.

Estaban sentados al derredor de una mesa en viejas sillas de madera, y se alegraban de cuando en cuando con una redoma llena de aguardiente que llevaban á sus labios.

—¿Qué empresa será esta?—decia el Camaleon.

—Quizá resultará como el *mentado* plan de la casa del marqués, que dias van y dias vienen y nunca llega....

—Mira, Pinacate—interrumpió el Camaleon—de eso del marqués yo estoy seguro de que se logra; pero el Señorito quiere macizar el golpe; ya tú sabes que no le quiero bien pero, sin embargo, creo en que no nos engaña.

—¿Y si le ocurre casarse con la marquesita?

—Entonces te juro por el santo de mi nombre que le *despacho* yo.

—Escuchad—dijo—lo que vais á hacer; aquí teneis una escalera que colocada junto á ese muro os dará la subida para la azotea; subireis todos: una vez arriba, tirareis de la escalera, porque os servirá para bajar á la casa contigua; en esa casa hay una dama hermosa, sola; os apoderareis de ella y la conducireis hasta aquí: en cuanto á los criados, atadlos ó matadlos, como mejor os parezca: sobre todo, nada de robar, yo pago el servicio y pago bien, ¿entendeis?

—Sí—dijeron todos.

—Hacedme la gracia, D. Guillen, de acompañarles—dijo la dama—vos que conoceréis mejor á la dama, y que comprendéis mejor mis intenciones.

—Y vos, señora; ¿cómo os quedais?

—No os dé pena, que no tengo miedo.

Los hombres comenzaron á subir con gran precaucion. El Señorito subió el último.

La dama les contempló hasta que levantaron la escalera y desaparecieron: entonces con la mayor tranquilidad se apoyó en la barda de la azotehuela y se puso á mirar para el patio que estaba enteramente sumido en la mas negra oscuridad.

Sin duda sus meditaciones la preocupaban completamente porque mas de media hora no se movió, hasta que un ligero ruido por la azotea vino á llamar su atencion.

La escalera volvió á ser colocada; bajó primero un hombre que se puso luego á sujetarla, y despues otros dos, que con gran trabajo y peligro traian cargando un cuerpo que parecia ser una mujer.

—Hemos llegado—dijo el Señorito.

—Veré si es ella—esclamó la dama entrando por el can-

dil que habia dejado en el aposento contiguo é iluminando el rostro de la otra dama.

—Es D^a Laura—dijo—¿se ha desmayado?

—Sí, señora.

—Mejor.

—Sin embargo, tiene mordaza—dijo el camaleon.

—Vámonos—dijo la dama.

El Pinacate, por precaucion quitó la escalera, y la arrojó al patio.

Aquella comitiva fantástica, llevando en hombros á D^a Laura, atravesó de nuevo la casa hasta llegar á la puerta de la calle.

—De aquí en adelante, solo dos para llevar la carga—dijo la dama—los otros á su casa, y D. Guillen pagará.

Nadie respondió: el Camaleon y el Pinacate tomaron á D^a Laura, el Señorito apagó el candil y cerró la casa con llave.

La dama comenzó á caminar rápidamente seguida de los hombres que llevaban á D^a Laura, y de D. Guillen.

Caminaban en línea recta hácia el Oriente, y no se detuvieron hasta llegar al canal.

Allí esperaba una canoa con dos remeros.

—Poned adentro de la canoa á esa mujer y retiraos—dijo la dama.

Los dos hombres obedecieron, y D^a Laura quedó acostada en el fondo de la canoa.

El Señorito se embarcó, ofreció su mano á la dama para ayudarla á entrar, y la canoa se desprendió suavemente de la orilla.

El Camaleon y el Pinacate la vieron partir, y se retiraron tranquilamente.

La canoa se dirigia hácia el Sur, y bogó por mas de un cuarto de hora, hasta que se detuvo frente á la casa del marqués de Rio-florido.

La dama desembarcó la primera; siguióle el Señorito que ató la canoa á una argolla de hierro que habia con ese objeto en la escalera y luego los dos remeros salieron conduciendo á D^a Laura que comenzaba á volver en sí.

La dama abrió la puerta y se descubrió: era D^a Inés de Medina.

Penetraron todos en la casa, y en el gran patio en que tenian sus citas amorosas D^a Inés y el Señorito, abrió aquella una puerta que daba entrada á una gran troje, que era una larga galería de bóveda.

D^a Inés tomó un farol que habia dentro, encendió una pajueta y prendió la mecha.

—Tomad—dijo entregando el farol á D. Guillen—y oidme, ¿veis esto?—y le mostraba una especie de nicho labrado en el espesor del muro.

—Sí—dijo D. Guillen.

—Aquí mandad poner á esa mujer, y que fabriquen inmediatamente la pared que debe cubrir esa entrada, pero teniendo cuidado de no cerrar enteramente hasta que yo no hable con ella; quédele el rostro descubierto; y esperadme, que pronto vuelvo.

D^a Inés salió y D. Guillen hizo conducir allí á D^a Laura, teniendo antes la precaucion de cubrir su rostro con un antifaz de terciopelo, como estaban los de los dos remeros.

El nicho que habia en el muro era una especie de alacena profunda, pero de la altura de un hombre: cerca de ella se veian piedras y mezcla, todo dispuesto para levantar rápidamente una pared.

D. Guillen hizo una seña á los dos remeros, y ellos entonces pusieron á D^a Laura de pié dentro del nicho.

La infeliz no podia hablar porque tenia una mordaza, y miraba casi sin comprender todo aquello.

Permaneció en pié y sin moverse hasta que los hombres comenzaron á levantar la pared: entonces ella quiso huir de allí, pero D. Guillen la sujetó por los hombros, y la tuvo así como clavada contra la pared, á pesar de los esfuerzos de la desgraciada, hasta que el nuevo muro llegó á la altura de su pecho.

Entonces la dejó, pero D^a Laura no podia ya defenderse ni salir, y el muro seguia subiendo con una rapidez desesperante.